

¡Buenos días! Antes de nada quiero agradecer a AAPIPNA, mi casa, el lugar donde he ido creciendo profesionalmente, la posibilidad de estar aquí. Es un placer compartir mesa con Solange, Miriam y María Elena. Juntas y gracias a la tecnología (hoy nos posibilita estar aquí) hemos tejido una trama de conocimiento, de diálogos compartidos y de subjetividades hilvanadas para presentar nuestro taller de hoy, un tapiz multicolor en el que vosotros, si deseáis, también vais a poner vuestras puntadas de pensamiento. Eso espero.

El rol de discuidora que voy a encarnar hoy es peculiar de habitar, por un lado leo y escucho a Miriam y me fascina, con su capacidad de ir mostrando todo un hilo argumental desde el hombre nómada con predominancia del proceso primario hasta el hombre en la actualidad. Por otro lado, una plantea sus propias ideas, recortando a partir de lo dado y armando una narrativa propia.

Miriam, nos ha hecho un recorrido enriquecedor por el mundo de los memes, pero yo me voy a detener en las subjetividades virtuales y en los hitos importantes que nos ha ido desgranando. Nos habla de la velocidad vertiginosa en la que vivimos, la tendencia vincular narcisista y fragmentado, lo efímero de la búsqueda del “Amor” y el (no) encuentro con el otro. Se detiene en la soledad y en cómo la llenamos, con la sensación de estar siempre acompañados, a un click de distancia, buscando el estado indiferenciado con el objeto materno. Para ir un paso más allá y comentarnos la dificultad actual de la integración de la pérdida, predominando la melancolía en vez del duelo. Continúa invitándonos a reflexionar sobre nuestro funcionamiento psicótico cuando nos adentramos en el mundo virtual, percibiéndose una división en el comportamiento del aparato psíquico, asociándolo a la fragmentación de una mente perturbada y defendida, socialmente aceptada. Y por último, nos ofrece su colofón “Sin embargo, aquí (se refiere a lo virtual) más que una coordenada de encuentro, dicho cuerpo es un contenedor de la existencia y en el momento de esta interacción llegamos a un lugar sin cuerpo que, más que un sitio, se trata de una posición en la vida”.

¡Guau! Escuchamos todo esto, concentrado como un buen perfume. Y yo me pregunto: ¿Nos conmueve o nos quedamos impertérritos sobreadaptados a todo un sinfín de información que ya no nos produce nada? ¿Demasiadas palabras! ¿Nuestro yo se escinde y seguimos como antes, impermeabilizados ante lo abrumador que estamos viviendo? ¿Continuamos en nuestro sillón cómodo, como espectadores o empezamos a sentir poniendo nuestro cuerpo integrado con nuestro psiquismo en lo que vivimos?

Porque nosotros también somos protagonistas de esta cultura, actores principales, agarrados a nuestras pantallas, productos y productores en una incesante contemporaneidad. Eso sí, con una pequeña diferencia, todos los que estamos aquí de un modo u otro, nos atraviesa el psicoanálisis. ¿Y qué significa esto? Por lo pronto, un sábado por la mañana podríamos dejarnos llevar por nuestras pulsiones, estar en una terraza o ayer haber salido y pensar qué más da, un taller final de curso. Pero la curiosidad de saber nos puede, la espera y la tolerancia a la frustración de este proceso que nos hace sentir en falta nos ancla en el principio de realidad, nos identificamos con todos los maestros que hemos bebido de ellos y con los profesionales que nos acompañan en el camino de formarnos y conformarnos en un ideal del yo, real. ¡Somos agradecidos con referentes consistentes! Artesanos, a fuego lento que vamos cocinando nuestra propia subjetividad,

en esos análisis terminables o no... Dando (nos) la posibilidad de ofrecer un espacio de confianza y un “timing” adaptado, donde junto al paciente construir, re-construir y de-construir sus subjetividades desordenadas, rotas, vacías, fragmentadas, etc. Personas que se acercan a nosotros para paliar su sufrimiento y el malestar en la cultura que vivimos.

Como no podría ser de otra manera, mi pensamiento y mis palabras me llevan a Sigmund Freud y su artículo “El malestar en la cultura” de 1930. Y quizás penséis si el título de este taller es: Subjetividades virtuales. Repensando lo contemporáneo. ¿Qué tiene que ver algo pensado hace casi 100 años? Y quizás tenéis razón. Pero acaso ¿no nos ayuda a reflexionar sobre lo que acontece hoy en día? ¿Es una mirada anacrónica o precisamente esa distancia nos ayuda a comprender mejor lo pasado y lo presente, quizás hasta lo futuro? Y llegados a este punto, no me queda otra que agradecer a Ezequiel Achilli (nuestro docente del seminario de Freud II de GAEP), su generosidad y capacidad para ir más allá de un Freud y un psicoanálisis, que trasciende lo intrapsíquico y nos permite sumergirnos en lo intersubjetivo y transsubjetivo. Al punto, que me pregunto: ¿Le he robado sus ideas, no las ha regalado o tal vez, como “una madre suficientemente buena” nos ha permitido el proceso creativo de tolerar la paradoja “de lo creado de nuevo”? Siempre se crea sobre lo anterior, sobre lo dado. Nos creamos a nosotros mismos y al mundo, a partir, de lo que hemos heredado y sobre lo que podemos innovar, cuestionando y por supuesto, cuestionándonos.

Llegados aquí podemos preguntarnos: ¿Cómo integrar este mundo de identificaciones, de historias vividas y narradas, cuando vivimos a ritmo vertiginosos del mundo digital, atravesados por la imposibilidad de construir tramas? Arrasados por el bombardeo de imágenes y de palabras cargadas de impacto sensorial, que a mi entender van perdiendo todo valor simbólico.

Lo digital, con sus memes, sus mundos virtuales y sus programas de IA, dan una respuesta algorítmica con toda la información recatada estratégicamente a través de las cookies, que vamos dejando como miguitas de pan a nuestro paso por el mundo tecnológico. Siguen nuestros gustos, preferencias, lugares visitados, intentando esbozar y colmar nuestros deseos, en sugerente oasis, antes de ni siquiera nosotros ser conscientes de ellos.

El inconsciente no se puede deducir ni reducir al saber de una máquina, que no está atravesada por la subjetividad de una persona, sin afectos, sin alma, sin historia, sin conflictivas internas y sin sinsentidos. No puede enamorarse, soñar, ilusionarse, tener lapsus, olvidos, sentido del humor, actings, en definitiva, lo que al final nos define como humanos. Sin embargo, cada vez vivimos con más naturalidad entre dos mundos superpuestos, lo virtual y lo real, convirtiéndose en algo cotidiano. Desdibujándose nuestra singularidad.

Freud nos habla del sufrimiento inherente de la vida:

*“La vida, como nos es impuesta, resulta gravosa: nos trae hartos dolores, desengaños, tareas insolubles. Para soportarla, no podemos prescindir de calmantes. Los hay, quizá, de tres clases: poderosas distracciones, que nos hagan valuar en poco nuestra miseria; satisfacciones sustitutivas, que la reduzcan, y sustancias embriagadoras que nos vuelvan insensibles a ellas. Algo de este tipo es indispensable”. (p. 74)*

Y creo sin ánimo de equivocarme que para todos que estamos aquí, la vida hoy en día sigue resultándonos gravosa. Eso sí, en un escenario bien distinto a la época victoriana, vivimos inmersos en el neocapitalismo y en los extraordinarios progresos de la ciencia y de la técnica, cansados, disociados, hiperexigentes con nosotros mismos, solos sin atrevernos a rozar la piel del otro, menos el corazón. Sentir, emocionarnos, amar, es demasiado arriesgado en nuestro micromundo individualista, tenemos miedo a implicarnos. ¡Nos pueden invadir o abandonar! ¿No sé qué opináis pero creo que seguimos buscando calmantes para soportar la vida como plantea Freud? ¿O para hablar con más propiedad debería decir anestésicos e incluso, me atrevería a plantear alucinógenos? Inmersos en la virtualidad, podemos construir un Yo ideal. Sin cuerpo. Perdón, con un cuerpo imagen, no erótico, como constructo de lo pulsional. Un cuerpo escindido de nuestro psiquismo y por supuesto de nuestra alma. Recordamos todo lo expuesto por Mirian.

Freud continúa y nos habla de tres modos en que a los humanos nos acecha el sufrimiento:

*“Desde tres lados amenaza el sufrimiento; desde el cuerpo propio, que, destinado a la ruina y la disolución, no puede prescindir del dolor y la angustia como señales de alarma; desde el mundo exterior, que puede abatir sus furias sobre nosotros con fuerzas hiperpotentes, despiadadas, destructoras; por fin, desde los vínculos con otros seres humanos. (p. 76/7)*

Hoy en día creyéndonos dioses, (una suerte de dios-protesis dice Freud) de un plumazo fantaseamos disociados con haber superado todo contacto con el sufrimiento. Es una época del culto al cuerpo, pensamos que podemos mantener un cuerpo joven, atravesados por cirugías que nos acerquen a la completud deseada. Un cuerpo en transformación, a la carta.

¿Qué decir del hombre potsmoderno y de nuestra relación con la naturaleza? ¿Qué pensamos del cambio climático y de los estragos que estamos produciendo? Pues generalmente miramos para otro lado y damos repuestas extraviadas como si no tuviera que ver con nosotros. Nos convencemos que está tan lejos en distancia o en tiempo, ¿para qué pensar en eso y complicarnos?

Y así, a ritmo del imperativo social de ser felices, estando cada vez más escindidos y perfeccionando nuestras defensas de renegación, nos empuja el deseo de no deseo, vacíos y fragmentados. Sin unas coordenadas espacio temporales que nos orienten ni vínculos con otros que nos sujeten, andamos perdidos, navegando hacia faros imaginarios. Porque implicarnos con los demás puede ser fuente de sufrimiento, como plantea Freud, pero también representa la pulsión de vida triunfando sobre el desligamiento de la pulsión de muerte.

Estamos inmersos en la búsqueda insaciable de productos (los “vínculos” también) que nos “llenen” efímeramente para evitar tomar contacto con la falta estructural, escapando del sufrimiento. Conectamos con otros, que no son otros, solo manojos de proyecciones, que pensamos nos van a paliar nuestras necesidades. Si se adapta a mi ideal, ok, si no desaparezo. Total hay todo un catálogo indefinido de oportunidades. ¿Pero las hay? O debería decir ¿podremos darnos nosotros la oportunidad?

Freud ya señalaba:

*“el hombre ha conseguido mediante su ciencia y su técnica sobre esta tierra donde emergió al comienzo como un animal endeble y donde cada individuo de su especie tiene que ingresar de nuevo como un lactante desvalido... «¡Pequeña pulgada de Naturaleza!» Ahora se ha acercado tanto al logro de ese ideal que casi ha devenido un dios él mismo”.* (p. 90)

*“el hombre se ha convertido en una suerte de dios-prótesis, por así decir, verdaderamente grandioso cuando se coloca todos sus órganos auxiliares; pero estos no se han integrado con él, y en ocasiones le dan todavía mucho trabajo”.* (Ibidem)

¿Podemos vernos como dioses-prótesis sin límites y desbordados, apuntalados por las innovaciones técnicas y abrigados por los oasis creados por la virtualidad? ¿Tenemos integrados nuestros órganos auxiliares (esa prolongación indiscriminada de nosotros mismos que son los dispositivos virtuales)? El filósofo oriental Byung-Chul Han, plantea que vivimos en la sociedad del cansancio, nos auto-explotamos, creyendo que nos realizamos. Alienados por nosotros mismos, siendo nuestros propios verdugos. Pero acaso hoy en día no es una ilusión sentirnos libres ¿no estamos gobernados por fuerzas digitales invisibles? ¿El mundo virtual, guiado por algoritmos no nos impacta en nuestra forma de percibir el mundo y en las elecciones que tomamos? A mi entender, sin duda.

Y para terminar el artículo Freud reflexiona sobre el destino de la humanidad, planteando si el desarrollo cultural, logrará dominar en la convivencia la pulsión de agresión y de autoaniquilamiento:

*“Hoy los seres humanos han llevado tan adelante su dominio sobre las fuerzas de la naturaleza que con su auxilio les resultará fácil exterminarse unos a otros, hasta el último hombre. Ellos lo saben; de ahí buena parte de la inquietud contemporánea, de su infelicidad, de su talante angustiado. Y ahora cabe esperar que el otro de los dos «poderes celestiales», el Eros eterno, haga un esfuerzo para afianzarse en la lucha contra su enemigo igualmente inmortal. ¿Pero quién puede prever el desenlace?”* (Ídem, p. 140)

La última oración fue agregada en 1931, cuando ya comenzaba a ser notoria la amenaza que representaba Hitler.

¿Podríamos pensar que es una reflexión actual, ajustándose a lo que vivimos hoy en día? ¿Pensamos que la pulsión de muerte y de vida andan ligadas o desatadas? ¿Cómo explicamos en 2024, las guerras y masacres que vivimos? Espectadores de horrores más cercanos o lejanos. Miramos. Pero no sé si podemos parar (nos), escuchar (nos), conmover (nos) ...y armar tramas con otros, para reflexionar conjuntamente... ¡Hoy sí! Gracias a todos